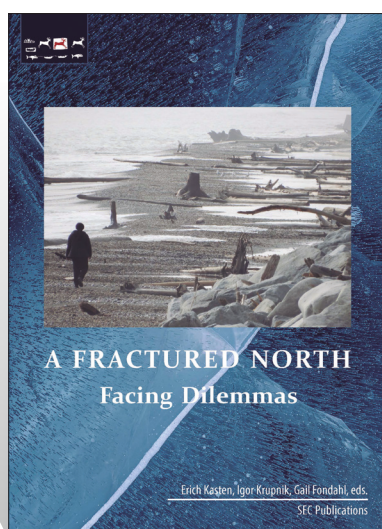


# Fractured North: Facing Dilemmas



## FICHA BIBLIOGRÁFICA

IGOR KRUPNIK ERICH KASTEN AND GAIL FONDAHL (EDS.). *A Fractured North: Facing Dilemmas*. Fürstenberg/Havel: Kulturstiftung Sibirien, 2024, páginas 255, ISBN: 978-3-942883-41-2.

Oksana Ermolaeva | **Universidad Complutense de Madrid\***

Antes de la guerra en Ucrania, el Ártico era un lugar de intensa cooperación internacional y al mismo tiempo de rivalidad militarizada. La región constituyó un universo único para los científicos y proporcionó a los pueblos indígenas del norte de Rusia una apertura al mundo. Desde que comenzó la guerra rusa en Ucrania, la posición del Ártico ha cambiado. Los textos recopilados en *A Fractured North: Facing Dilemmas* dan cuenta por primera vez de las formas en que tanto los investigadores que estudian el Norte originario como la gente común han afrontado las hostilidades en sus carreras y vidas y han afrontado su

\* Este trabajo fue desarrollado con el apoyo de una beca de la Fundación Gerda Henkel, Düsseldorf, Alemania (n. AZ 29/FI/24).

nueva realidad. El volumen también explora cuestiones de investigación y cooperación internacional en las zonas fronterizas del Estrecho de Bering durante el Imperio ruso, bajo el régimen soviético y después de la caída de la URSS, incluida la dinámica de los paisajes geoculturales postsoviéticos allí.

La colección de 12 ensayos se centra en tres hilos principales. El primero, que comprende cuatro estudios de caso en total, se basa en investigaciones históricas y biográficas relacionadas con la ciencia etnográfica rusa. Revelan páginas desconocidas de su historia, pero también abordan los dilemas morales que enfrentaron los antropólogos que trabajaron al servicio de varias empresas coloniales imperiales entre mediados del siglo XVIII y XX. Erich Kasten, por ejemplo, en su exploración de la cuestión de hasta qué punto los compromisos con las autoridades coloniales y autoritarias afectaron sus encuentros con los residentes oriundos y su agenda de investigación científica, y plantea una cuestión muy importante de la profunda interconexión histórica entre ciencia de Rusia y de Europa. Subraya que la etnología de Siberia hasta principios del siglo XX no fue tanto una «hija del colonialismo», como a veces se afirma para otras partes del mundo, sino más bien una de la Ilustración alemana arraigada en el contexto de la cultura académica de Rusia. (pág. 91).

El segundo hilo, representado en seis capítulos, explica cómo la guerra rusa en Ucrania ha afectado a la comunidad académica del Ártico y los comportamientos sociopolíticos de la población en Chukotka y Buriatia. La mayoría de estos capítulos temáticamente diferentes se basan en un extenso trabajo de campo, recursos de los medios y documentación oficial y revelan cómo los habitantes del Ártico adoptaron una variedad de estrategias de supervivencia y atravesaron un amplio espectro de emociones, ya que sus comportamientos ante la guerra incluyeron reacciones prorrusas, protestas patrióticas y un aumento del nacionalismo, pero también compasión por las víctimas de la guerra o intentos de ignorar la invasión por completo. Por ejemplo, un estudio realizado por Hiroki Takakura, Kaori Horiuchi y Byambajav Dalaibuyan sobre el apoyo de los mongoles al éxodo ruso-buriatio después de la movilización rusa presenta una dimensión transfronteriza al explorar cómo la población de los países vecinos se ha organizado en apoyo de las minorías de refugiados que han llegado de Rusia desde 2022. Otros capítulos pertenecientes a este grupo presentan relatos personales muy emotivos de las reacciones de los etnógrafos árticos ante la guerra.

Finalmente, los dos capítulos restantes se centran en los contactos entre Beringia después de la desaparición de la URSS y las nuevas opciones geoculturales que las minorías étnicas recibieron con ellos. Aprendemos, por ejemplo, cómo Chukotka (el Okrug autónomo de Chukotka) experimentó una evolución desde las regiones más reguladas y militarizadas del norte de Rusia hasta la presencia tangible de «Estados Unidos» en el discurso público local de los pueblos originarios al otro lado del Estrecho de Bering con el advenimiento de la Perestroika; y la posterior desaparición de esta presencia con la invasión rusa de Ucrania que culminó con el autoaislamiento de Rusia de acuerdo con la ideología de la «soberanía nacional». Los estudiosos de este tema demuestran cómo, tras un resurgimiento de la cultura local, todas las organizaciones originarias independientes de la región fueron destruidas, las relaciones con las comunidades vecinas de Alaska se redujeron al mínimo y cómo, como

resultado de estos procesos, los habitantes de Chukotka se enfrentan actualmente al desafío de preservar su identidad en el nuevamente «Norte fracturado».

Por tanto, la colección es innovadora en su contenido. Los capítulos sobre aspectos históricos de las vicisitudes internacionales de la investigación etnográfica nos enseñan lecciones históricas muy importantes y muy relevantes al brindarnos vislumbres de un mundo extremadamente interesante, fluido, animado y no menos contradictorio de los proyectos científicos internacionales del Imperio ruso y los años 1920 y 1930 en la Unión Soviética. Los colaboradores logran conectar sus estudios con el presente, demostrando la profunda relevancia de sus ejemplos históricos para la situación actual: decisiones morales difíciles de los académicos al servicio de los esfuerzos imperiales (S. Kan, E. Kasten), o vicisitudes de la investigación académica, en un aislamiento artificialmente autoinfligido bajo el régimen autoritario soviético (Julia Lajos; S. Dudeck). Julia Lajos propone una tesis interesante: el aislamiento de la ciencia polar soviética, que en general se produjo a partir de los años 1930, se había sido preparado mucho antes, durante los años 1920, y no fueron tanto las autoridades soviéticas, sino los propios científicos soviéticos (o una parte de ellos), quienes se opusieron activamente a la cooperación internacional (P. 133). La contribución de Julia Lajos aporta una comprensión más matizada del problema y muestra que los estudiosos polares incluso tenían opciones de actuación bajo el régimen soviético. En algún momento lo hicieron, y lo hicieron persiguiendo sus propios intereses. Sin embargo, hubiera sido extremadamente interesante complementar este estudio de caso con conocimientos sobre las relaciones personales de estos académicos y, sin duda, su intensa comunicación (incluso en ese momento) con las estructuras estatales militarizadas soviéticas: la inteligencia y las agencias de seguridad, que controlaban el campo de la ciencia polar soviética. Desde el principio la investigación polar en el Ártico estuvo inmersa en procesos de militarización y en redes secretas. Incluso la llamada Comisión Ártica (nombre completo: Comisión para la Organización y Asistencia Financiera al Plan Quinquenal de Trabajo Científico en el Ártico de la URSS), creada en 1928 en el Consejo de Comisarios del Pueblo, estaba encabezada por Sergey Kamenev, un oficial profesional con una destacada carrera militar, y por Klim Voroshilov, miembro del Consejo del Pueblo y comisario de Asuntos Navales y Militares.

Existen importantes paralelismos entre la ciencia polar soviética y la investigación etnográfica en las realidades científicas rusas actuales. Como sucedió con los proyectos internacionales árticos recientemente cerrados, enterrados en las hostilidades militares de la matriz geocultural resucitada de la Guerra Fría, el período de colaboración científica soviética con Europa de la década de 1920 también terminó en un colapso de la cooperación, cierres de fronteras y represiones de los académicos, con el avance de las políticas de militarización y titulización de recursos de Joseph Stalin, incluido el Océano Ártico.

Su militarización comenzó en la década de 1920 y más tarde la región se convirtió en un campo de pruebas para armas de destrucción masiva. Esta política fue resucitada recientemente por Vladimir Putin, y la guerra de Ucrania distrajo la atención de la comunidad internacional de la creciente política militar y de inteligencia del Kremlin en el Ártico.

A su vez, los relatos literarios personalizados de etnógrafos desconcertados por la guerra rusa contra Ucrania acercan la narrativa académica profesional a la vida. En algunos

casos, los autores, en su mayoría ciudadanos extranjeros cuyas vidas no se vieron gravemente afectadas por la guerra, llenan sus relatos con sus historias de viajes anteriores desde Ucrania, sus impresiones sobre el país y su gente. Otros sorprenden al lector por su trágica simplicidad, como, por ejemplo, la historia de Oleksandr Vasiukov, un etnógrafo ucraniano muy integrado previamente en la academia rusa, cuya vida y carrera se han visto destrozadas por un mundo dividido por las hostilidades militares. Este libro muestra, por primera vez, la situación desesperada de los académicos con estatus «híbrido», que no han huido a Occidente, a lo que llama «una trampa»: «Debido a la ley marcial, ya no puedo salir de las fronteras de Ucrania y continuar mi investigación de campo. Como ucraniano, ya no pienso en regresar a San Petersburgo, y como estudiante de doctorado en una universidad rusa no tengo oportunidad de defender mi tesis en Ucrania debido a las prohibiciones impuestas por el Ministerio de Educación». (Pág. 36)

La contribución toca un tema extremadamente importante que debería abordarse en detalle en el futuro: una dimensión comparativa del impacto de la guerra en los paisajes étnicos, sociales y culturales de las comunidades indígenas rusas. La realidad aún por explorar refleja un sorprendente desequilibrio entre las comunidades originarias fronterizas despobladas y económicamente devastadas y la vida casi normal de las regiones «interiores» y noroccidentales de Rusia. Son las minorías étnicas de Siberia y del Lejano Oriente las que más han sufrido la campaña rusa de «movilización parcial», con sus fuertes cuotas de movilización para estas regiones y las consiguientes bajas humanas que superan con creces las de otras partes más centrales de Rusia. Además, la siguiente movilización «progresiva» ha seguido despoblando aún más las zonas.

Hubiera sido mejor, sin embargo, que los capítulos pertenecientes a diferentes hilos no estuvieran entremezclados, sino estructurados temática o cronológicamente, con una breve introducción antes de cada sección. Por ejemplo, los ensayos sobre los primeros períodos ruso y soviético están agrupados en la mitad del libro, pero sin una introducción previa al grupo. La estructura actual incurre a veces en anacronismos. Por ejemplo, el uso del término «sociedad civil» no es del todo correcto en relación con la Rusia del siglo XIX (p. 119).

Pero a pesar de estos problemas estructurales y conceptuales menores, *A Fractured North* es una incursión innovadora y fascinante en las consecuencias para las comunidades originarias y académicas del actual enigma de Rusia entre su rico legado de integración al mundo académico internacional y su traumática, violenta, caótica y complejo encuentro con la guerra, y con el aislamiento y la distorsionada ambición imperial. Este trabajo seguramente seguirá siendo el tratamiento definitivo del tema durante algún tiempo. Y puede servir de ejemplo vivo para los académicos de Rusia que se encuentran en un estado de pérdida personal y profesional.